

cuerpo femenino, transformar a todos los personajes masculinos en cretinos, feos, hediondos, incapaces de producir un orgasmo en la mujer, con valor para morir misteriosa y precipitadamente en cuanto una de sus mujeres se enamora de ellos, provocar suicidios por descuidar a la mujer, es decir, llevar a carácter de reflexión lo que no es sino un pataleo. La crónica del fascismo cotidiano no podría hacerse nunca seriamente limi-

tando la lucha de clases a hacer idiotas a los patronos. Hay algo más que eso, porque si ese fuera el auténtico problema, no habría tal problema. "La femme de Jean", de Yanick Bellon, y hasta "Balance matrimonial", de Zanussi (que se comenta en estas mismas páginas), han profundizado más seriamente en la situación de la mujer. Y si la militancia feminista no era colocada en un primer plano, ofrecían, sin embargo, unos ingre-

dientes más factibles de producir una cierta toma de conciencia. Sin necesidad de hacer comparaciones (aunque podría recordarse que la misoginia de algunas películas, como las de Buster Keaton o Berlanga, tienen al menos un excelente sentido del humor y no transforman sus impresiones en doctrina), "Yo soy mía" es, sin más consecuencias, una película confusa, mal realizada y sin interés. Lo que no deja de ser

grave cuando ha pretendido convertirse en un hito. ■ D. G.

TEATRO

Constitución, cultura, Congreso

En el turno de las "tribunas populares" que, en diversos lugares de Madrid, están debatiendo el proyecto de Constitución, le llegó la vez al tema de la cultura. La sesión se celebró en la Escuela de Arte Dramático y la iniciativa la tomaron los actores. De la discusión, encabezada por un profesor de Derecho administrativo, varios dirigentes políticos, un ex militar separado del Ejército por sus ideas democráticas, un par de periodistas y representantes de la coordinadora sindical del sector, se desprendió una conclusión fundamental: el escaso interés dispensado al concepto de cultura por la Constitución, resumido en una simple declaración programática cuya concreción dependerá del ulterior desarrollo político.

No faltó en el repaso de responsabilidades la alusión a la prensa, incapaz, en términos generales, quizá atrapada por el anecdotario político, de respaldar los esfuerzos de quienes intentan levantar o proseguir esa cultura de la izquierda, sin la cual ésta se reduce a bien poca cosa. Dejando claro que la cultura no la constituyen unos libros, unas películas y unas representaciones teatrales, sino un nivel de libertad y de madurez colectivos, asociado, entre otras cosas, a la riqueza y extensión de las expresiones artísticas.

También era general la idea de que "el desencanto" no es una respuesta; de que la muerte de Franco ha establecido unos nuevos y más democráticos supuestos, pero que, desprendidas como están de su función "sustitutivamente" política, muchas manifestaciones culturales han sido arrinconadas, como si hubieran perdido su razón de ser al no cubrir lo que antes, coyunturalmente, cubrían. La inversión de los conceptos es obvia. Y mientras nuestros mejores grupos y autores sienten que la nueva fluidez o dinámica social va a permitirles, al fin, dedicar mayor atención a las formas poéticas, superando el obligado esquematismo de la etapa anterior, un

Béjart o la consagración del filósofo

El Ballet del Siglo XX, que dirige Maurice Béjart, acaba de actuar en España. A Madrid ha traído dos programas dedicados, respectivamente, a Stravinsky y Mahler; ambos se han presentado en el Palacio de los Deportes, con tres sesiones para cada uno y excelentes condiciones de precio—mínimo de veinte duros, máximo de cuatrocientas pesetas—: la respuesta del público ha sido muy positiva.

A los integrantes de ese segmento peculiar de público constituido por quienes escribimos de música, en materia de ballet nos toca a menudo marcarnos un pas de deux con la más fea, porque como primera providencia tenemos que hacer constar la falta de orquesta y la consiguiente sustitución de ésta por grabaciones. La sanción de los entendidos al respecto de esta cuestión por demás frecuente es que "enfria" los resultados, y casi siempre tienen razón, aunque no creo que esta vez un foso lleno de aplicados profesores hubiera reportado a Béjart y sus huestes mayor éxito que el grandísimo que obtuvieron. Reflejemos, pues, aquí que las versiones fueron muy apropiadas—lo que no es extraño, habiendo oportunidad para escoger— y que el equipo de sonido encargado de la inevitable suplencia era fantástico en las dos acepciones, literal y figurada, del calificativo; quiero decir que aquello sonaba irreal, pero precioso, lo cual no tiene más problema que el general inherente a eso que paradójicamente se denomina "alta fidelidad".

En cuanto al espectáculo en sí, mi particular impresión, la de quien sólo tangencialmente se relaciona con la materia, es que a Maurice Béjart no le cuadra el término de "coreógrafo", porque lo sobrepasa: al disponer los mo-

vimientos de los individuos y las evoluciones de los conjuntos los carga de unas significaciones que buscan algo más allá del efecto, articulando así un discurso en diferentes planos, en los cuales los elementos, del más simple al más complejo, construyen un sistema expresivo irreductible a esquemas narrativos simplificados, y por esto mismo más directamente imbricado en su condición inicial, la música. Garantizado el contacto con el público por la exacta sincronización y la perfección cálida del espectáculo, Béjart busca para

fuego revolucionario y poeta, el triple e intercambiable protagonista de "Petrouchka" y el pagano celebrante del ritual colectivo en que en sus manos se convierte "La consagración de la primavera"; estoy igualmente seguro de que su espectáculo Mahler, dividido en tres partes que se titulan "Lo que la muerte me dice", "Canción del camarada errante" y "Lo que el amor me dice", podría llevar a su vez como título "Lo que Mahler me dice". Como todos los grandes filósofos, como todos los grandes poetas, Béjart utiliza sus recursos de expresión



este conexiones más profundas con los problemas de fondo de nuestro siglo; hace residir en sus creaciones los temas más acuciantes de la política, el arte y el pensamiento, con la disposición del filósofo romántico: reflexionando en primera persona sobre todos ellos. No me cabe la menor duda de que él es el pájaro de

—en este caso un admirable plantel de extraordinarios bailarines, cuyo alto nivel impide que se destaque a unos sobre otros— para ahondar en sus preocupaciones particulares; a nosotros, posteriormente, nos corresponde llegar a descubrir que también son nuestras. ■ JOSE RAMON RUBIO.